

CAPITULO XVI.

Guerra de Acamapichtli con el rey de Culhuacan: muerte de Huitzilihuitl rey de los mexicanos, y division de estos por la fábula del águila y el nopal: fundacion de la ciudad de Tlaltelolco; y como Quinantzin recobra la corona imperial.

A la vez que el valor de los mexicanos se iba haciendo proverbial, tanto éste como su astucia se aprovechaban como instrumento de satisfacer las ambiciones de aquella poderosa casa de los Acolhuas, pues llevada á buen término la pretension del rey de Azcapozalco para ceñirse la corona del reino de Acolhuacan, como emperador chichimeca, se despertó la codicia de su hermano Acamapichtli para sentarse en el trono de Culhuacan: él se habia casado con Ilancueitl hija de Achitometl á quien Xolotl hizo poner la corona de aquel reino despues de la guerra con Nauhyotl, por ser el legítimo descendiente de Topiltzin el último rey tolteca. Este enlace con la princesa culhua, hacía á Acamapichtli, creerse con derecho sobre Coxcox, á quien como ya tambien se ha dicho, le vino el derecho á la corona de aquel reino, por su casamiento con Xiloxochitzin, hija de Calquiyauh, nieto del mismo rey Achitometl; y haciendo valer su influjo sobre el rey azteca á quien habia dado en casamiento á su hija, lo comprometió á que con su pueblo abrazara su partido, para mover la guerra al espresado rey de Culhuacan.

Los mexicanos que al influjo de las demas naciones, deseaban engrandecer su poder haciéndose temer en los

campos de batalla, fácilmente aceptaron la invitacion; y se prepararon á esta nueva guerra. Para hallar un motivo que justificara su agresion, tendiendo un velo sobre las consideraciones que Coxcox les habia guardado, empezaron á cometer algunas hostilidades en las tierras y los vasallos de aquel reino: el rey culhua empleaba cuantos medios le aconsejaba una prudente moderacion para evitar un rompimiento con enemigos á quien tanto temia; pero éstos sin cuidarse de esta conducta y firmes siempre en la realizacion de su proyecto, cada dia se exedían en hostilizar á los culhuas, saliendo ya en gruesas partidas para robar y talar sus campos.

No pudiendo ya Coxcox sufrir hasta este punto, juntó el ejército que pudo en sus estados y salió á castigar á sus enemigos. Esta fué la ocasion para que Acamapichtli se declarara como gefe de aquella guerra, pues luego que el rey su contrario salió de su corte, él con sus tropas en su mayor parte mexicanas, salió al frente, comenzando luego un combate en el que, era igual por ambas partes el ardor con que peleaban: la victoria quedó ese dia indecisa, retirándose ambos ejércitos á sus campamentos; pero volviendo á la lucha en el siguiente, prolongaron la campaña casi por cuarenta dias. Uno y otro ejército sufría diariamente grandes bajas; pero recibiendo Acamapichtli continuos refuerzos, tanto de sus estados, como de los de su hermano el rey de Azcapozalco y emperador chichimeca, no fué posible ya á Coxcox sostener por mas tiempo aquella sangrienta y prolongada pelea, por lo cual intentó retirarse con su ejército á la corte y fortificarse en ella, Esto alentó el brio de los mexicanos; y cargando con mas furor, los culhuas se vieron obligados á huir en desorden y Acamapichtli se apoderó de la ciudad: su primer empeño fué calmar el estrago de las armas: luego juntó á la nobleza y la mayor parte del pueblo, pidiéndoles aclamaran como justos sus

derechos, amenazándolos con llevar adelante la destrucción sino accedían á sus deseos; y el pueblo, aterrizado con las grandes pérdidas que habia tenido y sin poderse defender mas, condescendió á los deseos del vencedor, á quien desde luego proclamaron rey; mientras Coxcox, sabiendo esto que pasaba en su corte, fué á refugiarse á Coautitlan. La desgracia se empeñó á perseguir á este destronado rey, pues su padre Acolmixtli desaprobó su conducta, tratándolo de afeminado por no haber defendido sus derechos con la energía que era debida; y despues de este vergonzoso tratamiento, lo declaró sin derecho á sucederle en sus estados, como indigno de conservarlos con dignidad.

La elevacion de Acamapichtli al trono de Culhuacan, tuvo lugar el año de 1301; y quedando agradecido de la cooperacion de los mexicanos para realizar sus miras, á la vez que temeroso de que algun dia su atrevimiento pudiera volverse en su contra, procuró estrechar con ellos su alianza; y despues de obsequiarlos con muchos regalos, convidó á vivir en sus estados, á todos los que no tuvieran la comodidad necesaria, en sus reducidas posiciones de Chapultepec: este ofrecimiento fué admitido por muchas familias; y el nuevo rey les mandó guardar las mayores consideraciones, teniendo obligado por tantos títulos su reconocimiento. En cuanto á los súbditos del reino, procuró grangearlos y captarse su voluntad con alhagos, para afianzar de este modo el poder que habia puesto en sus manos la caprichosa fortuna de las armas, aunque poco disfrutó del esplendor de la corona, porque la muerte estaba muy cerca, y el año de 1302 pagó el tributo comun á todos los de su especie, dejando el trono para que fuera á ocuparlo su primogénito Xiuhtemoc. Este nuevo monarca, conociendo las ventajas de reinar por el amor en el corazon de sus súbditos, procuró con acertado esmero, hacerse dueño de la voluntad

general con medidas suaves, afables y que todas se encaminaran á mantener la paz y aumentar la felicidad del reino. Al mismo tiempo siguió cultivando con los mexicanos las buenas relaciones que dejaba establecidas su padre; y de este modo gobernó felizmente por muchos años.

Los mexicanos, con el auxilio y favores que les dispensaba el rey de Culhuacan, pudieron mantenerse en sus reducidas posesiones de Chapultepec; pero cuando murió su rey Huitzilihuitl el año de 1318, se despertó la ambicion de los tlamacazquis para recobrar el gobierno de la nación y estando así dividido el pueblo, para evitar los terribles efectos de las discordias intestinas, prefirieron declararse súbditos de Xiuhtemoc, de quien estaban tan agradados, por los beneficios que les dispensaba en sus estados. Xiuhtemoc, temeroso del carácter inquieto y belicoso de los aztecas, se resistió para admitirlos entre sus vasallos, con la excusa de no querer privar á su sobrino Acamapichtzin, de los derechos que tenia para gobernarlos, como hijo de su difunto rey Huitzilihuitl, pero al fin no pudiendo ya resistirse á las razones que le dieron para haber hecho aquella eleccion en su persona, los admitió como súbditos, cuidando siempre de emplearlos en los trabajos mas fuertes, para tenerlos siempre quietos. Algun tiempo pudieron vivir así los mexicanos; mas no consintiendo su natural bullicioso, aquella vida de sujecion, no cesaban de causar graves molestias en el reino, cometiendo robos y otros exesos: todos los dias se multiplicaban las quejas en su contra; y creciendo tambien mas, la antigua enemistad que habia de ellos para con los culhuas, el rey tomó el partido de espulsarlos de sus estados el año de 1325, como un medio de conservar la tranquilidad, en el interior de sus dominios.

Al salir los aztecas del reino de Culhuacan, se congregaron en los lugares que hoy son Mixicalcingo é Itzacalco, de donde pensaron volver á su antigua residencia de Chapoltepec; pero los tlamacazquis, que no olvidaban su pretension de gobernar al pueblo, hallaron ocasion favorable para insistir en su intento, volvieron á suponer que su Dios les hablaba de la urna, manifestándose enojado por su tenacidad en querer nombrarse rey para su gobierno: que ofrecia apiadarse de sus trabajos, si desistiendo de su empeño se sujetaban á los tlamacazquis ó ministros del dios, á los cuales él inspiraria desde la urna, para que gobernándolos en un terreno que pidieran al emperador Acolhua, vivieran felices y contentos. La generalidad creyó en este engaño y se presentaron al emperador, que con generosidad les concedió el sitio que les agradara y estuviera desocupado, de cuya generosa respuesta se valieron los sacerdotes, para fingir, que al consultarle á su dios, sobre el lugar en que debía establecerse, les indicó como señal, que debian hallar una águila parada en un nopal, despedazando una culebra.

Los que no creyeron en las mentiras y fabulosas invenciones de los tlamacazquis, fastidiados ya de aquella vida errante, se aprovecharon del permiso del emperador y resolvieron fijarse en una isleta de arena al norte de la laguna, que por la clase de su terreno, dieron á la ciudad que allí fundaron, el nombre de Xaltlelolco *terreno arenisco ó arenoso*, cuya voz despues ha convertido el uso en Tlaltelolco. Cuando ya hubieron fundado su ciudad, determinaron nombrar rey: y este lo pidieron á Quinantzin, que aunque reducido á su corte de Tezcoco, era al que consideraban como legítimo señor del imperio. El prudente príncipe, no quiso acceder á esta peticion, para no concitarse una persecucion de Acolhua, que se suponía supremo monarca; pero les aconsejó ocurrieran ante él para hacerle esta solicitud, ofreciéndoles por su

parte confirmar cualquiera gracia que les fuera otorgada, cuando hubiera recobrado el dominio que se le tenia usurpado. Llenos de agradecimiento se retiraron los aztecas de la presencia de Quinantzin y llevaron su peticion ante Acolhua, quien los confirmó en la posesion del terreno, concediéndoles por rey á su segundo hijo Mixcohuatl con quien quedó fundado el reino de Tlaltelolco, mientras el resto de su pueblo alucinado con las fábulas de los sacerdotes, se ocupaban en buscar el lugar marcado con el nopal, para fijar su establecimiento.

Durante este tiempo, todos los señores que habian visto con desagrado la usurpacion que hizo Acolhua de la corona imperial, se limitaron á negar el pago del feudo, sin reconocer autoridad ni en él ni en Quinantzin, que se hallaba limitado á la defensa en su corte de Tezcoco; pero en ese mismo año de 1325 á instigaciones de los rebeldes, Yacanex, Ocotox y Yenex, salieron de esta pasiva posicion en que se habian colocado, emprendiendo una agresion contra Quinantzin para privarlo del resto de autoridad que le habia quedado en aquella época de anarquía.

Los enemigos pudieron acercarse bastante á Tezcoco, sin ser advertidos á pesar de ser su ejército numeroso y haberlo dividido en cuatro cuerpos; mas como Quinantzin en medio de su cuidado por hermosear la ciudad y hacer adelantar el pequeño territorio que formaba sus estados, no descuidó la formacion de un ejército respetable, con su correspondiente provision de armas, al primer aviso que tuvo del peligro que amenazaba á su autoridad y su vida, se puso al frente de sus tropas, á las que se unieron las de los reyes de Xoltocan y Coautitlan y del señor de Huejotla que permanecieron fieles á la causa imperial; y con este ejército salió al frente del enemigo. El real ejército lo mismo que el de los rebeldes, fué dividido en cuatro cuerpos, de los cuales con-

servó el mando del primero el mismo emperador: el del segundo se dió al príncipe Nopaltzin: el del tercero al príncipe Tochin y el cuarto se confió á los dos reyes de Xaltocan y Coautitlan. Cada uno de estos cuerpos fué encontrando al del enemigo que estaba encargado de combatir; y todos despues de reñidas batallas, obtuvieron la victoria, que fué completa, por haber muerto los principales gefes de la rebelion. El rey volvió á Tezcoco y sucesivamente lo hicieron los otros cuerpos, dando los gefes la cuenta mas satisfactoria de su comision; pero en lugar de celebrar aquellos triunfos con el universal regocijo, tuvo el rey lo mismo que todo el pueblo, que entregarse á un profundo duelo, porque en uno de los encuentros habia muerto el infante Nopaltzin, siendo su muerte á tal grado sentida, que su pérdida no la creian reparada con las ventajas de la victoria. Los muchos prisioneros que se hicieron en la campaña, esperaban un terrible castigo, pues á la gravedad de su delito se unia el estar el ánimo del soberano profundamente herido por la muerte de su hermano; pero el que tuvo el valor necesario para vencer á sus enemigos en el campo de batalla, supo tener tambien la suficiente fuerza de voluntad para vencer sus pasiones: y dando lugar á la benignidad de su corazon, que siempre estaba dispuesto á la reconciliacion y al olvido de las ofensas, perdonó á los vencidos, restituyèndoles la libertad y á muchos aun sus posesiones. Este rasgo de heróica generosidad, que ocupa una página de oro en la historia, exaltó á mayor gloria á Quinantzin, que la bizarría con que peleó contra el ejército contrario: y fué tal el respeto que se captó en todos los pueblos, que luego se apresuraron á mandarle embajadas para felicitarlo; y los reyes de Culhuacan y Tlaltelolco, con los señores de Chalco, Cohuatepec y otros poderosos estados, lo reconocieron otra vez, como gran chichimacatl tecuhtli.

El triunfo obtenido por Quinantzin y los reconocimientos que todos los pueblos hacian de su autoridad suprema, hicieron conocer al usurpador Acolhua, que no podia sostener por mas tiempo la corona del imperio sobre su cabeza, porque mientras él quedaba aislado, Quinantzin habia recobrado su poder y todo el prestigio de su corona: pues aun Mixcohuatl rey de Tlaltelolco, siendo hijo de Acolhua, habia mandado sus felicitaciones al vencedor y rendirle homenaje como supremo señor de toda aquella tierra. Y no teniendo por sí, fuerzas bastantes para sostener una guerra: ni siendo su alma para acometer grandes empresas, sino que siempre se valia de ardidés miserables en la realizacion de sus fines, reunió en su corte de Azcapozalco á los principales señores de su reino, para manifestarles su decision de volver aquella corona que no le pertenecia y habia quitado de las cienes del otro usurpador Tenancacaltzin. Hizo presente: que aunque se habia hecho reconocer como emperador, así por el derecho de la victoria, como por ser nieto de Xolotl, tronco de aquella dinastía, nunca habia sido con voluntad de despojar del trono al legítimo heredero, sino conservar el derecho para Quinantzin mientras se mantuviera encerrado en su corte de Tezcoco, pareciendo no tener ánimo de recobrar la suprema autoridad; pero habiendo ya sujetado con las armas á tantos reyes y señores, manifestando al mismo tiempo su voluntad de recuperar la corona del imperio y teniendo poder bastante para defenderla, ya no creia conveniente retener por mas tiempo, una dignidad que no le pertenecia y estaba dispuesto á restituirla.

A todos los señores presentes pareció muy bien esta resolucion, como único medio de conjurar la tormenta que ya solo sobre ellos se preparaba: y aunque Tetzotzomoc á quien su padre Acolhua habia hecho donacion de la ciudad de Tenayocan antigua capital del imperio,

no queria despojarse de los derechos que le habia creado la usurpacion de su padre, no creyó oportuno manifestar en esa vez su descontento; de suerte que con la conformidad de todos, se mandó una comision á Quinantzin para hacerle saber esta determinacion. El emperador sin desdecir su acostumbrada afabilidad, ningun enojo manifestó por la mala conducta de su tio, favoreciendo primero la usurpacion de Tenancacaltzin y reteniendo despues la autoridad que no le pertenecia; y antes mostrando olvidar aquella injuria, ofreció no emplear su rigor sino con los que se negaran á reconocer su legitima autoridad y prestarle la obediencia que le era debida. Los mismos comisionados dejaron acordado el dia en que tendria lugar aquella solemne ceremonia, volviendo á dar cuenta de su encargo, con el que quedó muy satisfecho Acolhua.

Este, el dia asignado, se preparó vistiéndose suntuosamente adornado con las insignias reales y llevando en la cabeza la corona imperial: le acompañaban todos los tecuhtlis, gobernadores, jueces y demas ministros de la corona; y para darle un extraordinario lucimiento al acto que iba á tener lugar, dispuso que lo acompañaran todas las personas de su casa con un crecido número de criados, todos vestidos con la mayor gala. Con este lucido acompañamiento, marchó para Tezcoco el rey de Azcapozalco: Quinantzin lo esperaba ya acompañado de los reyes y señores sus aliados, así como con toda la nobleza de sus estados. Todos formaban dos alas en derredor del trono, en el cual se hallaba sentado Quinantzin: entró Acolhua con su acompañamiento; y llegando hasta las gradas del trono, despues de una profunda reverencia, comenzó un razonamiento para disculpar su conducta pasada y asegurar su reconocimiento para lo futuro, concluyendo con poner en las sienes del emperador, la corona que él habia retenido, saludándolo en seguida con

el acostumbrado dictado de gran chichimecatl tecutli: lo mismo fueron repitiendo todos en medio de las profundas reverencias y protestas de reconocimiento. Despues comenzaron las solemnes fiestas para celebrar tan fausto acontecimiento, tomando en ellas su parte todo el pueblo, que rebozaba de contento por ver restablecido el órden en todos los estados, considerando: que en el triunfo de Quinantzin, habia triunfado el partido de la legitimidad, la paz y la civilizacion á que ellos aspiraban por ese instinto de progreso, natural en toda la humanidad. (1)

CAPITULO XVII.

*Fundacion de México: muerte de Xiuhtemoc
rey de Culhuacan y de Acolhua II rey
de Azcapozalco: engrandecimiento de
Tlaxcallan; y muerte del emperador
Quinantzin.*

Despues de dos años de fundada la ciudad de Tlaltelolco, cansados ya los tlamacazquis de andar aventurando sin un terreno que poblar: y viendo que la parte de sus compañeros que se les habia separado, progresaban en Tlaltelolco, resolvieron establecerse definitivamente, concluyendo ya con aquella fábula, con la cual traian á la muchedumbre del pueblo engañado y burlado. Un dia los ministros Axolohua y Quauhcohuatl, recorrieron algunos espacios de la laguna, para fijar ya el lugar de su residencia; y volvieron avisando al pueblo haber hallado

(1.) Torquemada monarq. ind. lib. 2.º cap. 5 y 6. Veytia hist. ant. tom. 2.º cap. 16 y 17.